



—¿Y vosotros «microbialmente» no hacéis excursiones por esos parajes delicados?

—A veces. Ahora, que la excursión es larga y muy llena de peligros, pues encontramos a una grandísima cantidad de enemigos por el camino. Por pocas defensas que tenga la persona que atacamos, y con esos menurjes que dan los médicos a los enfermos, que nos matan a miriadas, acompañados de la fiebre, los leucocitos y los anticuerpos —que también los médicos sañudamente ayudan a producir—, casi no queda ninguno de nosotros con vida. Es más cómodo —concluyó el erudito microbio— enviar esos venenos, que los dejan fuera de combate, y nosotros nos exponemos menos.

—Tienes razón.

Paróse un instante el general a hablar con unos emisarios acabados de llegar, que conversaron con voz muy baja. De pronto, cogiéndome misteriosamente, me dijo:

—Ven amigo. Vas ahora a presenciar la batalla más impresionante que hayan visto tus ojos. Están llegando una cantidad astronómica de leucocitos, con anticuerpos abundantes, que van a entrar inmediatamente en combate.

En efecto, a través de las capas superficiales de la mucosa, donde nos hallábamos, completamente transparentes, pudimos ver como avanzaban con gran sigilo cantidades exorbitantes, en toda la extensión que abarcaban nuestras pupilas, de unos pequeños globulillos, también transparentes, que se deformaban según los sitios por donde tenían que pasar, llegando a tomar hasta la forma de un hilillo, cuando se deslizaban por caminos estrechos como tubos.

Los microbios se pusieron en línea de combate y se animaron de una especie de movimientos vibratorios rapidísimos.

Nos protegimos en un pequeño promontorio, y rápidamente el campo tomó todo el fragor de una imponente lucha cuerpo a cuerpo. Los macrófagos, más voluminosos, se echaban encima de los grupos de microbios ayudados por los micrófagos, y abriendo una especie de brazos descomunales, abarcaban en su seno y los ahogaban con líquidos y a presión. Se percibían los movimientos de dolor de los microbios dentro del cuerpo del leucocito, que implacablemente los digería. A su vez, los microbios se echaban todos encima el leucocito hasta cubrirlo, y lo pinchaban en mil sitios